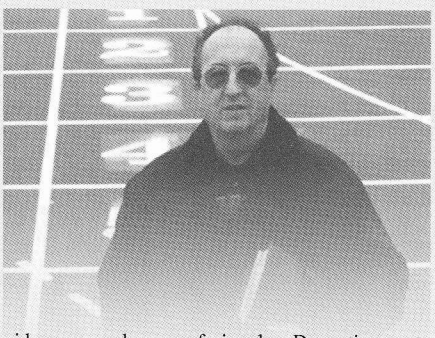
CARLOS GIL PÉREZ:
Quod Natura dat Salmantica praestat

Rafael Martín Acero



Sus resultados profesionales, inapelables, no son lo único que debería de trascender de la obra de Carlos Gil Pérez. En 50 años al frente del Atletismo salmantino, Carlos vio como más de 100 veces alguno de los atletas charros ganaba el Campeonato de España Absoluto y como más de 40 fueron internacionales con el equipo de España. En su década al frente del Atletismo español, Carlos vio como subía al podium el primer atleta español en unos JJ.OO., y como el equipo de España ascendía por primera a la máxima división europea. Poner el nombre de Carlos Gil Pérez a unas pistas de Salamanca, es de justicia. Que algún día se tizne un *V*íctor dedicado a Carlos y a sus atletas olímpicos, es de justicia. Que se analice muy seriamente como resolver el futuro del Atletismo en Salamanca serán, de producirse, acciones justas con Carlos y con los atletas y entrenadores salmantinos de varias generaciones y del futuro. Pero, estos días, debemos dejar reflejados otros valores intangibles que nos ha legado Carlos con ***su*** Atlet***ismo***, con el sufijo (del lat. *–ismus*) que suele significar escuela o movimiento social con voluntad de influir universalmente, en nuestro caso influir positivamente en todas las facetas de la vida de los atletas a través del carácter y, por tanto, de su ciudadanía. Este es el Atlet*ismo* que nos han marcado a muchos con valores más allá de éxitos o actos fallidos deportivos. Aprendimos atléticamente a preguntarnos sobre qué teníamos que mejorar, cuánto podíamos hacerlo, y cómo intentarlo con intensidad y perseverancia. Nacimos con algunas cualidades (*Quod natura dat*), y la *Salmantica* del Atlet*ismo* de Carlos Gil Pérez nos dotó del resto.

La pasión de Carlos fue la llama, de antorcha, que nos señaló la ruta a personas con singularidades muy diversas, y hacia individualidades diferentes. Carlos trazó las calles y nos dio la salida para hacer nuestra propia carrera hacia lo que cada cual quería ser. La mayoría le conocimos de adolescentes, él nos solicitaba nuestro compromiso interior, algunos pudieron responder deportivamente en edades juveniles o adultas, otros en sus vidas personales y profesionales. Deportivamente éramos conscientes de nuestra desventaja con Madrid, Barcelona, Valencia, Lisboa o París, pero nos sentíamos arropados por el grupo de chicos y chicas, de hombres y mujeres, de universitarios y trabajadores, de infantiles, junior y senior. Carlos y los atletas resolvían sus dificultades, se ganaban el respeto y construían su voluntad de ser. En ese ambiente fuimos acogidos y exigidos centenares de jóvenes, era una isla utópica y alegre, en un país al final de una triste dictadura.

Dice el filósofo Marina que *el entrenamiento es una exclusiva de la inteligencia humana,..., determinado por fines inventados libremente*, y también dice que *los planes que guían los entrenamientos del atleta son irrealidades que van a permitir la realización de una posibilidad.* A través de la práctica atlética salmantina, conformada por muchas personas y factores, y cuyo motor y crisol era Carlos, la meta inteligente y promisoria era la voluntad de desarrollarse (entrenarse) para adquirir un nuevo y mayor nivel de voluntad, atendiendo así a la advertencia teresiana de que *quien no crece, decrece*, idea también expresada en Alicia en el País de la Maravillas (hay que correr muy rápido para no permanecer en el mismo sitio). Con Carlos la idea era mejorar, crecer, no parar, correr lo más rápido posible para llegar antes a la meta. Nuestra autoestima estaba siempre en juego, pero casi siempre salía reforzada al ajustarse la búsqueda del éxito coyuntural con la de la excelencia posible, y al contrastar los logros atléticos con las pretensiones, bien moduladas por un ambiente interno altamente competitivo, que casi siempre te permitía anticipar tus posibilidades y pretensiones reales.

Los que hicimos Atlet*ismo* con Carlos vivíamos nuestra práctica atlética diaria en un nicho ecológico, exigente y optimista, compuesto por un grupo humano que se retroalimentaba en sus adversidades y con sus victorias. Nos entrenábamos en el Botánico, en su gimnasio y en su pista de cenizas con trazado de *boomerang*, era de ida y vuelta, pues le faltaba una curva. Esta pista significó un gran avance, pues hasta entonces ciertos entrenamientos y competiciones se realizaron dando vueltas al pequeño edificio del Botánico. Es decir que, entre las vueltas y las idas y venidas, la práctica atlética era pura agitación coctelera. Y Carlos Gil Pérez era el coctelero que creaba sobre la base de entrenamientos muy modernos (cámara de video, ¡en 1972!), mezclando con ingredientes de gestión (inauditos para aquellas épocas), con estimulación por el conocimiento de lo que se practicaba (creó, en la USAL, una biblioteca con documentos en varios idiomas, seminarios, cursos, etc.). El cóctel de Carlos siempre contenía las necesarias gotas de reconocimiento ciudadano a través de su influencia social y mediática (cierta recompensa), nuestra existencia, como grupo, era producto de su pasión y entusiasmo, nuestros hábitos eran encaminados hacia la excelencia. La coctelera de Carlos, a modo de pebetero olímpico, flambeó el inicio y consecución de todo un semillero de talentos, deportivos, profesionales y, sobre todo, humanos. Ese es uno de los valores intangibles que hoy no podemos dejar de señalar. Cada uno tendremos nuestros recuerdos, apreciaciones y valoraciones, pero es indiscutible la influencia positiva (*Citius, Altius, Fortius*) sobre la mayoría de nosotros de aquel Atlet*ismo* salmantino de Carlos Gil Pérez.

Quienes tuvimos la gran suerte de vivir estas experiencias, con Carlos al frente, podríamos decir con Jenofonte que: *El espectáculo resultó hermoso, pues fueron muchos los que bajaron a la pista y, como los estaban mirando sus compañeros, sentían emulación ... y los espectadores animaban a los atletas ...*".